

La nochebuena contada en lenguaje homérico

Escribe: MANUEL BRICEÑO JÁUREGUI, S. J.

...Así dijo el largovidente Dios, y a sus palabras se estremeció el dilatado Olimpo. Ya en aquel tiempo los que habían podido escapar de la espantosa muerte moraban en sus hogares, sin acordarse de los peligros de la guerra ni del insondable mar. Mas con los años llegó por fin el tiempo de cumplirse el divinal decreto, aunque no por eso debían los hombres poner fin a sus trabajos, ni siquiera después de la venida del Ungido. Y los bienaventurados habitantes del empíreo les compadecían, a excepción de Luzbel, que permaneció constantemente irritado en su corazón contra los mortales que se alimentan de pan hasta que no llegaran a la mansión del Hades.

Por entonces no hacía hecatombes sagradas al supremo Dios, que mora en lo alto, sino el lejano pueblo de los hebreos—los cuales son los postreros de los hombres, y forman dos grupos en la ciudad de excelsos muros: los sacerdotes y los hábiles cumplidores de la ley por una parte, y luego los demás descendientes del irreprochable Abraham. Un día inmolaba las sagradas víctimas el preclaro Zacarías, esposo de Isabel, la de los cabellos de trigo, la cual era del linaje de Aarón, caro a Dios, pero no tenían hijos por ser ella estéril. Acordose de ellos el Omnipotente y dijo a Gabriel, divinal Mensajero:

—Anda, ve, Mensajero liberador, encamínate a mi templo de bien contruidos muros, introdúctete cerca del altar fragante de incienso y dí cuidadosamente a Zacarías, magnánimo entre los hebreos, lo que voy a encargarte. Refiérele que su esposa amada dará a luz un hijo eximio que se llamará Juan. El será glorioso delante del Señor, fulminador de rayos, y el Ungido

será anunciado por su boca a Jerusalén, la de anchas calles. Los hebreos se alegrarán en su corazón. El aplacará mi cólera, pues volverá los extraviados al recto camino, allanará las colinas de numerosos manantiales, fecundizará el arenoso desierto, y hará dulces las aguas amargas del vinoso Ponto.

Así dijo. Partió el Mensajero al oír el mandato, llegó en un instante al bien construido templo, y hallando al sacerdote cerca del perfumado altar —alrededor del anciano subía el humo de los aromas quemados— púsose junto a él y dijo el Mensajero de ágiles alas:

—¡Zacarías, magnánimo entre los hebreos! El gloriosísimo Dios, que arremolina las nubes, ha escuchado tus plegarias. Tu veneranda esposa dará a luz un hijo eximio que se llamará Juan. El será glorioso delante de Dios, y el Ungido será anunciado por su boca a Jerusalén, la de anchas calles. El aplacará la cólera del prepotente Señor, que domina el Olimpo, pues volverá los extraviados al camino recto, allanará las colinas de innúmeros manantiales, fecundizará el arenoso desierto, y hará dulces las amargas aguas del insondable Ponto. Y los hebreos de blancos turbantes se alegrarán en su corazón.

Dijo. El anciano sintió temor, y respondió suplicante con estas palabras:

—Divinal Mensajero del Todopoderoso: ¿Cómo puedo yo saberlo si soy viejo y mi ilustre esposa tiene muchos años?

Replicole Gabriel, el de sandalias de oro, y le dijo:

—Yo soy Gabriel, el que está delante del que reina en el espacioso cielo. El me ha enviado a comunicarte esta noticia, dulce como la miel. Pero como no has creído a mi anuncio, quedarás mudo, sin poder proferir palabras, hasta que se cumpla el vaticinio.

Así habiendo hablado, se fue y dejó al sacerdote, magnánimo entre los hebreos, revolviendo en su ánimo lo que debía cumplirse, el cual se figuraba en su corazón el gozo de su venerada esposa, de cabellos de trigo. ¡Insensato! Sin recordar que no podía hablar. Cuando salió del perfumado santuario todo el pueblo lleno de admiración se colocaba en torno suyo. Pero él se incorporó, y habiéndose luego sentado de nuevo se despojó del efod de oro, fino, hermoso, nuevo; quitóse las otras vesti-

duras de púrpura violeta y escarlata, carmesí y lino torzal; y de los nítidos pies apartó las bellas sandalias. El pueblo se retiró maravillado.

Subía ya la Aurora de los dedos de rosa para anunciar el día a los mortales, cuando regresó el divinal sacerdote a su casa, lleno de gozo en el alma, donde le esperaba su fiel esposa. Y como el Céfito mueve con dulce soplo un amarillo trigal y se cierne sobre las espigas, de igual manera a Isabel se le conmovió el corazón en el pecho, y exclamó suspirando con dulces lágrimas:

—Por fin conmigo hizo merced el Señor, protector de los suplicantes, y borró mi oprobio entre los mortales.

Cuando después de aquel día llegó el sexto mes, y el lucero de la mañana apareció sobre la tierra anunciando el día, y poco después la Aurora de azafranado velo se esparció por el multi-resonante mar, el muy Alto que se complace en el rayo llamó de nuevo al divinal Mensajero de ágiles alas para enviarlo a Nazaret, ciudad de la florida Galilea, alimentadora de profetas. Vivía allí una doncella, de nombre María, divina entre las mujeres. Ella pertenecía al linaje del ilustre David, pastor de pueblos. El espacioso Olimpo, morada del Excelso, estaba despejado, y se veían las cumbres de todas las montañas, aparecían los promontorios, las cimas y valles, el dilatado Jordán, abundante en peces, y el azulado lago de aguas transparentes donde acuden los sufridos pescadores a la diaria faena.

Y dirigiéndose al Mensajero, el providente Dios que reina en el Olimpo hablóle de esta suerte:

—Gabriel, caro a mi corazón. Ya que en lo demás eres tú el Mensajero, ve a decir a la hermosa doncella, de blancos pensamientos, este anuncio que se cumplirá: La Palabra de Dios se hará carne en tus entrañas, y su nombre será el Salvador. El ha de ser el Pastor de mi pueblo de hermosas filacterias, en la casa del ilustre David, rey de hombres.

Así dijo. El divinal Mensajero no fue desobediente, sino que al punto extendió sus áureas divinas alas que lo llevaban sobre el Ponto y sobre la negra tierra con la rapidez del viento, y tomó la vara con la cual adormece los ojos de los hombres para no ser visto de los mortales que se alimentan de pan. Cual fúlgida estrella que, apareciendo como señal para los navegantes

o los individuos de un gran ejército, despide gran número de chispas: de igual modo el poderoso Gabriel lanzándose a la tierra emprendió el vuelo. Al llegar a Egipto, abundoso en granos, bajó el éter al Ponto y comenzó a valor rápidamente sobre las olas, como la gaviota que, pescando peces en los grandes senos del mar estéril, moja en el agua del mar sus tupidas alas: tal parecía Gabriel mientras volaba por encima del gran oleaje. Cuando hubo arribado a la fenicia Tiro, salió del violáceo Ponto, saltó en tierra, prosiguió su camino hacia la galilea Nazaret donde moraba la doncella de hermosas trenzas, y hallola dentro. Ardía en el hogar un gran fuego, y el olor del hendible cedro que en él se quemaba, difundíase por la aldea hasta muy lejos; mientras ella, cantando con voz hermosa, tejía en el interior con lanzadera rústica. Rodeando la casa, había crecido un verde seto de pinos olorosos donde anidaban gorriones y migradoras golondrinas. Allí mismo, junto a la blanca vivienda, extendíase una viña floreciente, de numerosos sarmientos, cargada de uvas, y un reducido trigal de amarillas espigas. Veíanse en contorno verdes y amenos prados de violetas y rosas, que cultivaban los rudos aldeanos; y, al llegar allí, ¡hasta un inmortal se hubiese admirado, sintiendo que se le alegraba el corazón!

Detúvose el Mensajero a contemplar aquel paisaje y, después de admirarlo, penetró en la morada de la divinal doncella, de hermosas mejillas, y la saludó con estas aladas palabras:

—¡Alégrate, divina entre las mujeres! Porque de gracia eres rebosante, y está contigo el que reina en la mansión del éter.

Habiendo hablado de semejante modo, la doncella de blancos pensamientos estremeciose de admiración, y se preguntaba cuál sería el significado.

—¡MARIA, divina entre las mujeres! ¡No te sorprendas! Examina en tu corazón este saludo. Voy a decírtelo sinceramente, ya que así lo deseas. Complacido está de tí el Poderoso, y su Palabra se hará carne en tus entrañas, y será llamado el Salvador. El será grande, le apellidarán hijo del muy Alto, Pastor de su pueblo de hermosas filacterias, en la casa del ilustre David, rey de hombres, y no tendrá fin su reino.

Replicole MARIA, la de blancos pensamientos:

—¿Por qué, oh divinal Mensajero, venerable y caro, me dices estas palabras, si no conozco varón?

Gabriel, el de sandalias de oro, haciendo una reverencia le dijo estas palabras:

—El Espíritu sutil como el viento, descenderá sobre tí del inmortal cielo, y la diestra mano de Dios, gloriosísimo, máximo, te cubrirá con su sombra. Porque tu fruto se llamará hijo del prepotente Padre. Y voy a revelarte un enigma y nada te ocultaré: tu consanguínea Isabel, la de cabellos de trigo, que ha sido estéril, tendrá un hijo, aunque es anciana; ya es el sexto mes. Hay cosas que son imposibles para un mortal, pero Dios, que reina en el broncíneo cielo, puede todo.

Así habló. MARIA, divina entre las mujeres, respondió y hablándole con voz semejante a la de la golondrina, dijo:

—Soy la esclava del Poderoso: que tu mensaje se cumpla en mí!

Y ninguna otra palabra voló de los labios de MARIA, divina entre las mujeres. Blancas lágrimas rodaban por sus hermosas mejillas.

Entretanto, Gabriel, el de ligeras alas, retornó al excelso Olimpo. Luego, pósose el sol y las sombras ocuparon todos los caminos. Mas no bien se mostró la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, vistiose ella la amplia vestidura, fina, hermosa, ciñose el talle con lindo cinturón hebreo, veló sus sonrosadas mejillas, preparó sencillo manjar para el camino, y apresurándose emprendió el largo viaje a una excelsa ciudad de la región de Judá, hijo de Jacob, preeminente entre los demás. Como una tímida cervatilla que perdiendo la vista de su ansiosa madre vaga en el tupido bosque y el temblor de las hojas de los altos cedros de tenaces ramas la hace estremecer, así la hermosa doncella de blancos pensamientos, divina entre las mujeres, atravesaba los lóbregos senderos, los húmedos caminos y la arenosa Judea de altas montañas.

Después de varios días y varias noches, llegó por fin a la bien construída morada de Zacarías, magnánimo entre los hebreos, y de su fiel esposa. Rodeaba la casa un hermoso campo de frutales y sembradío. Detúvose en el umbral la doncella de hermosas mejillas, y saludó a la anciana con mucho regocijo. Ella oyó su voz, y alzándose al punto abrió la pesada puerta, y con gran alegría, inspirada en su corazón, habló y dijo estas aladas palabras:

—¡MARIA, divina entre las mujeres! ¡Oh, qué feliz el hijo de tus entrañas!

Ella, la del alma sin mancha, quedose turbada, pero Isabel continuó diciendo:

—¿Cómo es posible, oh Madre del Altísimo, que vengas a visitarme? Mira que tu saludo hizo saltar de gozo el fruto de mi vientre! Dichosa tú por haber creído, y en ti se cumplirá la solemne promesa del prepotente Padre.

Así se expresó. Y a fin de que pudiera haber un canto para aquellos que aún no habían nacido, MARIA, divina entre las mujeres, oró extendiendo las blancas y delicadas manos al estrellado cielo y dijo:

—El alma mía proclama ante todos la grandeza del Omnipotente, y la alegría se desborda en mi pecho por el Salvador mío. Con bondadosos ojos dirigió la mirada a su discreta esclava; por eso me llamará feliz todo el curso de los tiempos. Porque el muy Poderoso —su nombre es sagrado— me ama cordialmente, y en mi favor realiza maravillas: y no tiene límites su benevolencia para los que cumplen sus mandatos. El es ciertamente el más poderoso y es inmortal.

El, a los que yacen en la negra tierra levanta —si quiere— hasta los astros, pero aniquila a los que son arrogantes en el corazón, y a los que voraces disipan espléndidos palacios. El satisface con pródiga mano a los que derraman abundantes lágrimas porque sufren hambre. ¡El acogió a Israel, querido siervo suyo, conforme a su promesa solemne, entre todos los linajes de la tierra!

Así dijo, y los aires se llenaron de ambrosía. Y ella permaneció tres meses en la bien construida mansión del sacerdote, magnánimo entre los hebreos, no lejos del anchuroso Jordán, el río que limpia todas las culpas. Ocupábase la divinal doncella en atender a la anciana, de largas trenzas, en cubrir los sillones con lienzos límpidos, dejando a los pies las hidrias de piedra para las purificaciones rituales; colocaba las mesas delante de los asientos, poniendo encima redondos canastillos de pan de cebada; mezclaba el dulce y suave vino en las crateras de arcilla para distribuirlo después en las relucientes copas; traía de la fuente común de la aldea la clara agua en las ánforas de dos asas, y encendía después un gran fuego debajo del espléndido

trípode donde aquella se calentaba; preparaba el pingüe aceite en magníficos jarros; brillaban las bien pulimentadas mesas y servía manjares sencillos para obsequiar a su prima, la de hermosas trenzas. Isabel se alegraba en su ánimo y seguía pensando en los sucesos por venir, pues su corazón presagiaba maravillas. Y MARIA, divina entre las mujeres, de brillantes ojos, alejose de la morada, y no permaneció más allí sino que regresó a Nazaret, nutricia de profetas.

El sol se puso, y sobrevino la oscuridad. Los hombres, que se alimentan de pan, durmieron toda la noche. Pero la tierna doncella de blancos pensamientos no probó las dulzuras del sueño, porque su mente buscaba en los oráculos sombríos lo que acontecería a su hijo, de corta vida.

José, por su parte, el divinal consorte de MARIA, divina entre las mujeres, habiendo advertido en ella el prodigio, sin haber habitado juntos, quiso abandonarla en secreto. Pero el largovidente Dios creyó que lo mejor sería enviar un présago sueño al irreprochable descendiente de David, jefe de hombres, y hablándole pronunció estas aladas palabras:

—Anda, ve, sueño présago, y dile a José, varón fecundo en propósitos, que no tema recibir a MARIA, la de los dedos de loto, como esposa: porque es del Espíritu, sutil como el viento, lo que se ha engendrado en ella.

Así dijo el Altísimo, que se complace en el trueno, y se estremeció el firmamento. El dulce Sueño dejó en raudo vuelo la cima del Olimpo, y pasando por el Sinaí de resacas zarzas, y la deleitosa Betania, salvó las altas cumbres de las montañas donde viven los pastores de blancas ovejas, sin que sus pies tocaran la tierra. Descendió por el Garizim, de ásperas rocas como altares, y llegó a Nazaret, aldea del paciente José. Y penetrando en la carpintería de enroscadas virutas púsose sobre su cabeza, tomó la figura del Mensajero divino a quien él honraba mucho. Así transfigurando, díjole el divinal Sueño:

—¿Vas a marcharte, hijo de Jacob, del linaje de David, pastor de pueblos? No debe huir el príncipe a quien se han confiado los secretos Tesoros de la negra Tierra, y a cuyo cargo se hallan tantos prodigios. Ahora, atiéndeme en seguida, pues vengo como Mensajero de Dios, que reina en el Olimpo, el cual se interesa mucho por ti y te compadece. No rechaces a MARIA, la de los dedos de loto, como esposa. Graba mis palabras en tu

memoria, para que no lo olvides cuando el dulce Sueño te desampare. Porque es del Espíritu, sutil como el viento, lo que se ha engendrado en ella. Y lo llamarás Dios con nosotros.

Así habiendo hablado, se fue y dejó al gallardo José revolviendo en su ánimo todo cuanto debía cumplirse por voluntad de Dios, arremolinador de nubes. Cuando despertó, la voz divina resonaba aún en torno suyo. Incorporose y, habiéndose sentado, resolvió recibir a MARIA, divina entre las mujeres, pero no la conoció jamás.

Entre tanto a Jerusalén, la que mata los profetas, habían llegado fornidos legionarios de hermosas grebas. A su vista se promovió gran clamoreo, como cuando las olas, movidas por el Noto, baten un elevado risco que se adelanta sobre el mar y no lo dejan mientras soplan los vientos en contrarias direcciones. Porque ellos, levantándose, se dispersaron por las torcidas calles, encendieron lumbre en las tiendas de campaña, tomaron la comida y ofrecieron sacrificios, quiénes a uno, quiénes a otro de sus venerados dioses, para que los librasen del fatigoso trabajo de Ares. Y cuando los legionarios de hermosas grebas hubieron saciado el deseo de beber y comer, el Centurión, jefe de hombres, inmoló un pingüe buey de cinco años al prepotente César, y convocó a su tienda a los principales caudillos de los hebreos, hábiles cumplidores de la Ley. Colocáronse todos a su alrededor, y puesto en medio el valeroso Centurión exclamó diciendo:

—Tetrarcas de Judea y demás hebreos de blancos turbantes. El gloriosísimo Augusto, pastor de pueblos, que posee olímpicos palacios en la tierra alimentadora de hombres, ordena el empadronamiento de todas las aldeas y ciudades del imperio. Cumplid, pues, sus poderosas órdenes, pues nadie puede gloriarse de haberlas quebrantado.

Dijo. Dando un profundo suspiro, todos se aprestaron a cumplir el orgulloso mandato. De la suerte que las alígeras aves —gansos, grullas o cisnes de largo cuello— se posan en numerosas bandadas y chillando en la pradera del Asio, cerca de la corriente del Caístro, vuelan acá y allá ufanas de sus alas, y el campo resuena; de esta manera las numerosas caravanas afluían de las lejanas aldeas y villas por los estériles caminos de Judea, ya desde Galilea de hermosos lagos, ya de la Decápolis o Idumea abundante en manantiales; y la tierra retumbaba

horribilmente bajo los pies de los viajeros y de los camellos de arrugadas espaldas.

Y los que en el florido prado betlemita llegaron a juntarse fueron innumerables; tantos, cuantas son las hojas y flores que en la primavera nacen. Como enjambres copiosos de moscas que en la primaveral estación vuelan agrupadas por el establo del pastor, cuando la leche llena los tarros: en tan gran número reuniéronse en la llanura los hebreos de blancos turbantes y hermosas filacterias, deseosos de cumplir con el edicto de Augusto, pastor de pueblos.

Ya en esto, descendió con ellos José, del linaje de David, y su divinal esposa, de hermosas mejillas, a quien se cumplían los días del parto. Los acaudalados caminantes, para descansar de las fatigas ocupaban todos los mesones y casas, unos sentados sobre cueros de ovejas que ellos mismos habían traído, otros sobre ricos tapices de púrpura, o entre nardos y esencias de Oriente, fecundo en aromas. Varios heraldos y diligentes servidores escanciábanles vino de dulce corazón en las capaces crateras, y les ofrecían higos secos y dátiles, o derramaban agua para las purificaciones rituales; otros limpiaban las mesas con esponjas de muchos ojos, colocábanlas en su sitio y servíanles manjares en abundancia.

Fue el primero en advertir la falta de hospedaje el prudente José, pues tocaba a todas las puertas con el corazón apesadumbrado, y tenía el pensamiento fijo en su valerosa consorte, la de blancos pensamientos. Cayó sobre él una nube de tristeza, y revolviendo en su mente la congoja, dentro de su pecho discurreció dos cosas; o, deshaciendo el camino volverse a Nazaret, o resignarse a buscar un establo de animales en el campo, cerca de la aldea, abundante en pastores. Mientras tales pensamientos revolvía en su mente y llevaba de las riendas la negra mula que cargaba a su irreprochable esposa, resolvió no esperar más dilaciones de los despreocupados mesoneros. El sol se había ya puesto y las tinieblas ocupaban todos los caminos.

Había en la llanura, cerca de la aldea, una excelsa colina aislada de las demás y accesible por todas partes, en la cual existía una escarpada cueva rocosa que servía de pesebrera a un incansable buey de retorcidos cuernos: allí fue donde los dos viajeros, angustiados el ánimo por el cansancio y los pesares, buscaron un refugio.

Era el invierno, y cubrían el suelo espesos copos de nieve pues caían suaves del cielo, porque los vientos estaban adormecidos, nevaba incesantemente hasta ocultar las cimas y los riscos de los montes más altos, las praderas pobladas de blancas ovejas y los fértiles campos cultivados por el hombre; y la nieve se extendía por las playas hasta el negruzco Mar, y únicamente la detenían las plumizas olas porque todo lo demás quedaba cubierto al arreciar la nevada.

De repente en medio de la noche, el Véspero que es el lucero más hermoso de cuantos hay en el cielo se presentó rodeado de innumerables estrellas en la oscuridad. Mientras tanto, en la escarpada cueva de piedras asentadas en el suelo, nació el delicado Infante, parecido a un astro, y era el hijo de MARIA, divina entre las mujeres. Y como de la hendedura de un peñasco salen sin cesar enjambres copiosos de abejas que vuelan arracimadas sobre las flores primaverales y unas revolotean a este lado, otras a aquel: así numerosos ejércitos de Mensajeros del Olimpo acudían y entonaban a porfía al recién nacido cánticos alegres y canciones de cuna. Y por su parte la mula de infatigables cascos y el buey de espaciosa frente calentaban el aire con su humeante aliento.

Los magnánimos pastores de ese valle oyeron incontables voces, pero una les dijo estas aladas palabras:

—¡Tened ánimo varonil, magnánimos pastores de ovejas! Mostrad que tenéis un corazón esforzado, porque os traigo la alegría más grande! Para vosotros y todo el pueblo ha nacido el Ungido inmortal, Amado de Dios, en la ínclita aldea de David, pastor de hombres! Y esta será la señal que se cumplirá: encontraréis al Infante envuelto en blancos pañales, en los brazos de su irreprochable madre, divina entre las mujeres.

Así dijo. Las voces entonaron cánticos, dulces como la miel. Atónitos quedaron los zagales de larga cabellera, mas los cantos les habían acrecentado el deseo de ir y reconocer las señales que les habían sido descritas con tal certidumbre. Y cuando se desvanecieron en el aire las voces, dijéronse unos a otros estas palabras:

—¡Amigos, seamos hombres! Vayamos a la elevada Belén, sagrado alcázar de David, jefe de hombres! Examinemos con presteza lo que ha sucedido, de dónde vinieron los peregrinos, y quién es su venerable madre.

Cuando así hubieron hablado, se apresuraron todos a la cueva. Tan pronto como llegaron, vieron a MARIA, divina entre las mujeres, al esclarecido José y al tierno Infante que derramaba lágrimas. Y mirando reconocieron la verdad acerca del Niño. Se inclinaron hasta tocar el polvo con la frente, y le daban rústicos obsequios: pingües corderos y cabras escogidas y pieles crudas de carnero. Y habiendo regresado, narraban a todos los del pueblo lo que les había acontecido, y todos quedaban maravillados. Sólo MARIA, la de blancos pensamientos, conservaba estos sucesos y presagios que meditaba en su valeroso corazón.

Vivía entonces en Jerusalén el ambicioso Herodes, matador de niños, que reinaba sobre la escarpada Judea, Idumea y Samaria. Su insolencia llegaba hasta el bronceo cielo. Tenía un magnífico palacio, provisto de bruñidos pórticos (en él había numerosas cámaras de pulimentada piedra, seguidas, donde dormían sus mujeres, y enfrente, dentro del mismo patio, otras construidas igualmente con sillares, continuas y techadas, donde vivían sus hijos). Allí le salieron al encuentro tres esclarecidos reyes de la esplendorosa Arabia: Melchor, ampliamente renombrado por su ciencia adivinatoria, Gaspar, conocedor de las estrellas y Baltasar, el del bronceo rostro. El rey Herodes, matador de niños, estaba acompañado en ese instante de jóvenes princesas, de delicado talle. El ofreció a los visitantes, como dón de hospitalidad, grandes ánforas de vino de dulce corazón. Los reyes, caudillos de pueblos, después de haber bebido, preguntaron al ambicioso monarca y dijeron:

—¡Oh rey nacido con suerte, afortunado! Hemos venido nosotros en camellos de arrugadas espaldas, y cruzado el estéril desierto, porque buscamos al Monarca recién nacido. Has de saber, oh rey, que vimos su brillante lucero en medio de la noche estrellada, y deseamos besar la tierra en su presencia.

Respondióles el gran Herodes, matador de niños:

—¡Magnánimos Reyes y demás príncipes de linaje real! Creo que tenéis que volver atrás, yendo otra vez errantes, pues nada grato es lo que ha anunciado la estrella. Siempre hay gente que se complace en engañar a los reyes interpretando mal los augurios, pero nunca ejecutan nada bueno. Mas, ea, consultemos a los adivinos, sacerdotes o intérpretes de sueños —pues también el sueño proviene de Dios—, para que nos digan qué dicen los oráculos: si es acá o si es lejos donde deben cumplirse

los vaticinios. Vosotros, pues, oh sacerdotes, deponiendo todo temor, manifestad la profecía. Pues juro solemnemente por este cetro que ya no producirá hojas ni ramos, pues dejó el tronco en la montaña, ni reverdecerá, porque el bronce lo despojó de las hojas y de la corteza, y ahora lo empuñan los príncipes que administran justicia: que nada malo os pasará.

Cuando así hubo hablado, se sentó. De rabia estaba lleno su corazón, y sus ojos eran como resplandeciente fuego. Levantose entre ellos uno de los letrados concedores de la Ley, y benévolo arengaba al magnánimo rey diciendo:

—¡Oh Herodes gloriosísimo, el más codicioso de todos! ¿Cómo puede haber duda del prometido vaticinio? Dice el oráculo que será Belén, la casa del pan, donde ha de nacer el Ungido Monarca. Indica ahora mismo a los ilustres reyes, viajeros de Oriente, el camino y nosotros les acompañaremos.

Y, contestándole el rey Herodes, dijo:

—¡Magnánimos Monarcas que habéis llegado a mi reino en camellos de arrugadas espaldas! Ya no me extraña el prodigio de la estrella, de luminosa cabellera, que vistéis en la mitad del cielo. Pero, ea, seguid solos vuestro camino, y cuando le hayáis visto, regresad a contármelo, para que también yo vaya con mis guerreros, poderosos en el grito de combate, y las mujeres de hermosa cintura.

Con tales palabras les excitó para que siguieran el camino. Las densas nubes que habían cubierto la estrella de luminosa cabellera se disiparon y otra vez fue guiado por ella el trote de los camellos de arrugadas espaldas, que iban semejantes a cansados corceles, de sonoros relinchos, cuando regresan de las carreras del circo, sudorosos pero alegres en su ánimo generoso por haber logrado el triunfo. Cuando vinieron ya al sitio donde estaba el tierno Infante en los brazos de la venerable madre, divina entre las mujeres, y el irreprochable José, detuvieron la caravana, y su corazón rebosó de extraña alegría. Ellos, pues, se desmontaron de las cabalgaduras de belfos labios, cuya fuerza es grande. Los diligentes servidores desuncieron los sufridos animales, que comenzaron a pacer en el verde prado, y los cubrió espesa niebla que salía de su piel velluda.

Entraron los esclarecidos monarcas, semejantes a los ínclitos vencedores que colocan sobre el altar las coronas de laurel

y las palmas, emblema de la victoria. Inclináronse hasta besar la negra tierra delante del tierno hijo de MARIA, la de blancos pensamientos, y le obsequiaron espléndidos presentes, riquezas y perfumes de la aromada Arabia. Y gozándose en su ánimo tendían los brazos al Infante, le besaban y mecían en sus brazos fornidos. MARIA, la de hermosas mejillas, divina entre las mujeres, sonreía con el rostro todavía bañado en lágrimas, y conmovida les agradecía en su valeroso corazón. Hechas las últimas reverencias, los preclaros monarcas pusieronse de nuevo los blancos turbantes de relumbrante seda, y regresaban a su patria querida, por otro camino, volviendo la cabeza de cuando en cuando y vertiendo copiosas lágrimas de alegría. Luego se ocultó el sol y sobrevino la oscuridad.

Un mensajero de los hebreos anunció al rey, de astutos pensamientos, la secreta partida de los magnánimos príncipes. Irritado entonces en su espíritu, descendió del áureo trono, de clavos preciosos y broches de plata, con el manto de púrpura ondulando en sus hombros; los collares de oro resonaban sobre la espalda del enojado soberano cuando caminaba. Iba parecido a la noche. Sentose aparte y ordenó matar al divinal Niño, hijo de MARIA, divina entre las mujeres.

Entretanto el prudente José yacía en el piso inferior, preocupado por los oráculos que del Niño había escuchado: si acaso escaparía de la muerte o sucumbiría, sin poder hablar aún, por la negra cólera de un déspota orgulloso. Y cuantas cosas piensa un león al verse cercado por multitud de hombres que forman a su alrededor insidioso círculo, otras tantas revolvía José en su mente cuando le sobrevino el dulce sueño. Durmió recostado, y todos sus miembros se relajaron.

Entonces el Padre Supremo de todas las cosas, ordenó al Sueño que volara a la morada del divinal José para poner fin de algún modo a sus preocupaciones y salvar al tierno Infante. Entró, pues, deslizándose por la correa del cerrojo, se lo puso en la cabeza y dijo estas palabras:

—¿Duermes, valerosísimo José, con el corazón afligido? Cobra ánimo y no sientas en tu pecho excesivo temor. Toma al Niño y a la veneranda Madre, y huye a la acogedora tierra de Egipto, de caudalosos ríos. Pues has de saber que Dios, que se complace en lanzar rayos, cuida de su hijo y me ha enviado a participarte estas cosas.

Dicho esto, fuése por la cerradura de la puerta como el soplo del viento. Despertose José, del linaje de David, y se alegró en su corazón porque había tenido tan claro sueño en la oscuridad de la noche. Por eso, antes de aparecer la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, el irreprochable José se levantó de la cama, vistiose, despertó a MARIA, la de blancos pensamientos, ató a los nítidos pies de la virginal esposa las hermosas sandalias, colgó sobre sus propios hombros los escasos utensilios, y salieron huyendo a Egipto, de caudalosos ríos. Como el corcel avezado a bañarse en la cristalina corriente de un río, cuando se ve atado en el establo, come la cebada del pesebre y rompiendo el ronzal sale trotando por la llanura, yergue orgulloso la cerviz, ondean las crines sobre su cuello, y ufano de su lozanía mueve ligero las rodillas encaminándose a los acostumbrados sitios donde los caballos pacen: de aquel modo José, del linaje de David, acompañado de MARIA, divina entre las mujeres, cuya frente brillaba como un sol, descendió presuroso de la excelsa Belén hacia la atezada Egipto, de áridos desiertos.

En aquella noche oscura nada se distinguía, pues la neblina era cerrada alrededor de los fugitivos y la luna no brillaba en el cielo que cubrían espesos nubarrones.

Ya el rey había enviado sus guerreros, de refulgente casco y filudos bronces por todas las regiones, maquinando en su pecho una muerte cruel para el divinal Infante. Hay en el camino un recodo pedregoso, entre Belén y la sagrada ciudad de los profetas, que no es extenso, pero tiene pasos de doble entrada, excelente para los bandidos y salteadores: allí los herodianos de matadores bronces se pusieron en emboscada para aguardar a José y su divinal esposa con el recién nacido. Pero ya ellos se habían escapado, y el monarca, encolerizándose más, mató con el agudo hierro a todos los niños pequeños. Los tiernos cadáveres se veían entre la sangre y el polvo. Como los peces que los pescadores sacan del espumoso mar a la corva orilla en una red de infinidad de mallas, y yacen amontonados en la arena, anhelantes de las olas, y el resplandeciente sol les arrebató la vida: de esa manera yacían tendidos los infantes los unos sobre los otros que el rey, de corazón de hierro, había ordenado matar.

Los valles se llenaron de llantos lastimeros, y todas las mujeres sollozaban...